
Del fogón al cielo

Silvia Gómez Coillard

- *¡Mostachones de Utrera, oiga, al rico mostachón de Utrera!* -el inesperado reclamo despertó al párroco que dormitaba contra la ventanilla de uno de los últimos vagones del tren de cercanías.

- *¿Ya...ya hemos llegado...?* -pronunció desorientado.

- *No, Padre, aún no* -la rechoncha mujer le contempló y apoyó la mano en su hombro para confortarle y evitar así que el cura se sobresaltara de nuevo

con la enérgica cantinela del vendedor ambulante-, usted *descanse que todavía le quea un ratito pa* llegó a la capitá -tras informarle con voz de arrullo y la misma ternura de la que sólo una madre es capaz, la robusta gaditana, que ocupaba el asiento de al lado e invadía parte del suyo propio, no dudó en hacerse con una de las tradicionales bolsas de dulces, indispensables en el trayecto Cádiz-Sevilla o viceversa. El Padre Berciano suspiró y se recostó de nuevo ignorando el goloso olorcillo que se desprendía del papel de estraza.

De origen castellano y sobrias costumbres, como el hábito impone, el Padre Berciano había sido requerido en el sur para ocuparse de una humilde parroquia sevillana, ubicada en las inmediaciones de un barrio llamado Pío XII. Como era bien sabido por todos, la población sevillana rezaba fama de constituir un fiel rebaño de devotos cristianos por excelencia, y eso le complacía sobremanera, se sentiría como en casa. Recordó de repente la historia de su predecesor inmediato, el Padre Cuevas, el cura sevillano al que iba a sustituir, que con setenta y cinco años había fallecido como consecuencia de un soberano empacho de soldaditos de pavía y una fuente de *poleá*. Menudo despropósito...

En el andén le esperaba un hombre de hechuras generosas, si bien alcanzaba por los pelos el metro sesenta de altura. De inmediato recogió su equipaje tras tenderle una mano fornida, áspera cual labriego jubilado:

- *José Francisco Herrera, Padre, pa servirle.* -El párroco selló el saludo con el sacristán, albergando la vaga sospecha de que su nuevo ayudante desprendía cierto olor a fogones y a lumbre.- *Sígame, vamo a cogé el bus cuatro que nos lleva directo a la barriada de Pío XII, su nuevo hogar.*

- *Y dígame, José, ¿cómo son los feligreses de la Parroquia del Divino Crucificado?*

- *Ya verá, Padre, le van a encantar. Gente güena, se lo digo yo, más güena quel pan de rosca.*

- *¿Puntuales a Misa?*

- *Como el reloj de la Plaza Nueva, ¡gloria bendita!* -El colectivo traqueteaba sobre el empedrado de una Sevilla coronada por un radiante sol de mayo, el cura observaba meditabundo los naranjos que flanqueaban las aceras, era la primera vez que se hallaba en la ciudad del Guadalquivir y sentía la

urgencia de una rápida adaptación, alojaba en su espíritu la voluntad inflexible de honrar su cargo a los ojos del buen Dios y la Santa Madre Iglesia.

- *¿Un caramelito de piñone, Padre? Son de Casa Marciano, la mejor tienda de ultramarino de la calle Puente y Pellón.*

- *No, gracias -rehusó con su habitual recato-, sólo tomo dulces por Navidad. Y le aconsejo a usted moderar su ingesta, tiantan al diablo y a las caries.*

La iglesia del Divino Crucificado resultó ser la parroquia de una modesta vecindad, así como lo eran sus dependencias monásticas. El Padre Berciano apenas si precisaba de una cama, un rosario y un misal, así pues, andaba sobrado de comodidades en su nueva morada.

Aquella misma noche, sentados frente a frente en el estrecho comedor, descubrió que sus sospechas no eran infundadas, José Francisco Herrera, o Pepito, como le había saludado al pasar el dependiente de la pescadería, olía a aceite y perol.

- *Se vá chupar los dedos, yo mismo he preparaó este cardito de pushero y unos boquerones adobaos que son cosa fina, “bocata di Cardinale”.* -El párroco suspiró al ver la poblada mesa soterrada de manjares, el aroma ineludible del puchero y el pescado ascendían tentadores por la pituitaria, capaces ambos de reanimar al mismísimo Matusalén.

- *Gracias.* -Fue su parca respuesta, tras lo cual se limitó a ingerir medio plato de sopa y apenas un par de escuetos boquerones. Pepito sin embargo, engulló voraz las humildes exquisiteces que él mismo había elaborado con tanto esmero. El cura rechazó tajante el mosto aljarafeño que éste le ofrecía, optando sin dudar por un vaso de agua.

- *¿No tiene hambre, Padre?* -observó el sacristán mientras rebañaba su plato con pan.

- *La de todos los días, José, ni más ni menos. El único apetito que nunca logro saciar es el de la Fe, y para alimentar el alma ya están los Padresnuestros y las Sagradas Escrituras* -el sevillano sintió que se le cortaba en parte el apetito, y sólo en parte, pues apenas dio tregua al resto de

boquerones durante los segundos en que tardara en digerir el correctivo de su superior.

- *Le gusta cocinar, ¿no es cierto?* -Era su primer día allí y haciendo gala de paciencia y mano izquierda, el párroco suavizó su aseverado tono de voz.

- *Me viene de familia, mi tío fue cocinero en un restaurante de Triana, y de vé en cuando nos traía pescaíto pa freír, mi padre, que en gloria esté, carnicero en el mercao de la Encarnación, hueso de jamón nunca nos faltó pal cocido, y ahora viene lo mejor: una de mis hermana regenta con mi cuñao un bar mu cutre pero mu salao, con sus barriles de la Crú del Campo y su clientela fija. Un día de estos les hacemos una visita y yo le invito a un par de servesitas con aceitunas gordales, y ya me dirá como entran. ¡Ah! Y que no falte una tapita de cabrillas con su sarsa de tomate.*

- *Agradecido, José, pero no bebo excepto en...*

- *En Navidades* -le interrumpió éste reconociendo la cantinela-. *No se me ofenda, Padre, pero usted está mu flaco, y las páginas de una Biblia, por santísima que ésta sea, y que Dios me perdone, no calman los ruidos de tripas ni aunque se trague las hojas, que un poco má y el conductor del autobú se nos para a la mitá pa comprobar si era el motó el que se quejaba tanto.*

Los días se sucedieron sin más sorpresa que unos fieles que venían entresemana para curiosear y conocer al nuevo párroco, así como a confesarse con su marcado acento *andalú*. Los intentos de Pepito por engordar al recio párroco resultaron en vano, y ni sus huevos a la flamenca, sus papas con chocos o sus espinacas con garbanzos, lograban despertar el más mínimo interés gastronómico en el cura. Huelga decir que tampoco el mollete con aceite de oliva virgen que acompañaba el café de la mañana, alcanzó a estimular sus sentidos ni su apetito.

En la vecindad, el Padre Berciano se labró la buena fama de párroco castellano, virtuoso sacerdote aunque con menos salero que unos “palillos *cascaos*”. Sus sermones y su temple navegaban adustos durante la Misa, y sin darse cuenta, comenzó a introducir pasajes que hacían referencia al pecado de la gula y los excesos; lo más que obtuvo, fue la admiración de alguna de sus feligresas más devotas que, paradójicamente, le obsequiaron con alimentos como una cesta de tomates de huerta y hasta un pollo de corral.

- *Son de los Palacios, Padre* -le ofreció un buen día la viuda de Arjona-, *mire lo coloraos que nos han salío. Déselos usté al bueno de Pepito que seguro le hará un gaspacho como Dios manda.*

Una mañana, ya entrada esa suerte de verano sevillano que casi da para freír un par de huevos al sol, Pepito entró en la sacristía sudoroso y más contento que unas pascuas.

- *¿A qué se debe tanta euforia, José?*

- *Es la Bernarda, Padre, que al fin se nos ha quedao preñá.*

- Se dice en cinta. -Corrigió el cura.

- *Pues eso, en cinta, en cordel o en lo que usté guste de llamar, pero al fin voy a tener un sobrinillo o una sobrinilla. ¡Seré tío!*

- *Enhorabuena, José, me alegro mucho por ti y por tu familia.*

- *Ahora mismo nos vamo los dos pal bar, que pa celebrarlo mi cuñao invita a servesita y pajaritos fritos a tó sus allegaos.*

- *Comer, beber... ¡¿Es que en Sevilla no pensáis nunca en otra cosa?! - El párroco explotó ante la atónita mirada de su subalterno- Estoy harto de escuchar lo mismo, ¡harto!*

- *No se ponga así, Padre, que no es tanto pa tanto y tampoco es bueno pa su salú.*

- *Me pongo como me dé la gana, ¿es que acaso quieres que termine como el Padre Cuevas, muerto y remuerto por empacho?* -Pepito enmudeció de repente, y por primera vez en su vida habría sido incapaz de probar bocado, aunque le hubieran ofrecido el plato más suculento de menudo. Tras esto, el sacerdote pasó a su lado airado y abandonó el templo.

Pese al calor sofocante, el Padre Berciano comenzó a andar sin rumbo, en su mente se repetían una y otra vez la interminable sucesión de recetas,

guisos y dulces con que aquella sociedad le saturaba en su día tras día, ¿acaso no entendían que todo aquello no eran sino frivolidades?

Se trataba de un lunes cualquiera, y negó con la cabeza al contemplar la alegría que reinaba en los bares, donde el gentío trataba de aplacar el calor a base de cerveza, o *servecita*, como diría José; acomodados en sus sillas de madera pintadas mientras los camareros fluían en un ir y venir frenético, esgrimiendo con maestría sus bandejas metálicas que refulgían al sol.

Menudo chasco se había llevado el sacerdote: recorrió las calles más céntricas de la ciudad, desde la Campana, hasta El Salvador, serpenteando por Laraña, Cuna, Tetuán... y hasta llegar a la mismísima catedral gótica, cuya sagrada imagen no alivió aquel desasosiego. El Padre Berciano prosiguió sin tan siquiera reparar en los goterones de sudor que recorrían su frente, cuando de repente topó con una glorieta rematada en su centro por una pila, el agua en su interior se le antojó refrescante y se detuvo a descansar: Plaza de San Leandro, rezaba la leyenda esquinada en letras de cerámica. En aquel momento, la visión de un edificio centenario llamó su atención: un convento.

La monja que le recibiera casi le doblaba en edad, las moradoras de aquel sagrado edificio eran agustinas.

- ¿Puedo ofrecerle un vaso de agua? No tiene usted buen aspecto.

- *Le estaría infinitamente agradecido, Hermana, es usted la primera persona en meses que no pretende cebarme ni achisparme a toda costa.* - Cuando regresó a su lado, el cura bebió abundantemente hasta saciar aquella sed abrumadora.

- *No debería asombrarse, Padre, en esta tierra se ha pasado hambre, mucha hambre, y aún se pasa, el mayor ofrecimiento que una persona tiene para honrarle es su alimento y su bebida. Dígame, ¿a qué parroquia pertenece? No creo haberle visto antes y su asiento le delata.*

- *Sustituyo al Padre Cuevas, Parroquia del Divino Crucificado en Pío XII.*

- *Un buen hombre, sí señor, hasta el final* -declaró la monja.

- *¿Le conocía?* -examinó asombrado a la anciana, ésta sonrió con dulzura esquivando sus propias arrugas con el velo de plácidos recuerdos.

- *Por supuesto, aquí todas le conosíamos, era puro corazón y adoraba las yemas de huevo de nuestro servil convento* -el cura se derrumbó en su asiento derrotado al escuchar de nuevo un dulce que las agustinas elaboraban, nadie parecía librarse de la criba, pero la monja ignoró su gesto y prosiguió- *¿Y cómo anda Pepito? ¿Qué tal su contribución en el comedor para neesitados en el Muro de los Navarros?*

- *No sé de qué comedor me habla, pero Pepito, o sea, José, está obsesionado, se pasa el día pensando en comida* -gesticuló exasperado-. *Imagínese, no hace otra cosa que cocinar y hablar de pitanza.*

- Evidentemente, ¿y qué esperaba, Padre? -le reprobó con la mirada regresándole las arrugas al rostro-, *su mayor talento junto a la sensillé de su persona, es la dedicasi3n que pone en los fogones del comedor para pobres al que acude tres días en semana, cuando sus obligaciones en la Iglesia se lo permiten. Está al cargo de usted, Padre, ¿acaso no lo sabía?*

- *...Va a ser tío...* -aludió de repente con la voz al punto estrangulada.

A la Iglesia del Divino Crucificado jamás regresaría el Padre Berciano, no el mismo que saliera de allí aquella soleada mañana de agosto. A la Iglesia del modesto barrio de Pío XII llegó un hombre renovado, con un jamón bajo el brazo, el estómago vacío y un poco menos hambriento el espíritu, que ahora estaba lleno de amor y arrepentimiento.

- *Ahora mismo nos vamos usted y yo al bar de su hermana, Pepito, que llevo todo el día andando y tengo un hambre canina.*

- *Pero, Padre... ¿Eso...eso qué éh?*

- *¿Tanto que sabe usted de cocina y nunca ha visto uno? Se llama jamón, y yo invito, que hay que celebrar que va a ser tío.*

- *¿Le ha dao una insolasi3n?*

- *Algo así, o quizás un chocazo, o tal vez haya sido un milagro, no estoy seguro, así que vayamos antes de que me arrepienta y le ponga a dieta de agua bendita y pan duro.*

Meses más tarde nacería un hermoso chiquillo al que llamaron José, como su tío, lo bautizaría un cura castellano, con poca *grasia*, pero al que ya no se le notaban tanto las costillas y que colaboraba como pinche en el comedor para necesitados, un hombre que había comprendido en lo más profundo de su corazón que el mayor condimento para cualquier receta es la dedicación y el cariño hacia aquellos para los que se cocina.
